

# Evangelizar desde una camilla

---

**CARMEN CASANOVA TOMAS**

Un día, siendo yo muy joven, el desprendimiento de una cornisa de una vieja casa del pueblo me dejó sin movilidad. Tras un largo recorrido por quirófanos, hospitales, clínicas y centros de recuperación... conseguí sobrevivir, cosa poco frecuente en aquellos años cuando la lesión medular era total e irreversible, tanto, que quedé parapléjica definitivamente, para toda la vida; necesito de una camilla móvil (como una silla de ruedas) para poder desplazarme.

Hoy mi vida está totalmente normalizada. Vivo con mis padres, en casa, y, aunque no tengo un trabajo laboral remunerado, mi tiempo y mi vida están llenos de actividades y acción. La limitación física, que ha condicionado absolutamente mi vida, no me ha impedido realizar una vida activa, normal y militante.

Con ánimo de colaborar en la tarea evangelizadora de la Iglesia actual, trataré de comunicar mi experiencia, sencilla, nada extraordinaria, pero que puede ser testimonial a la hora de pensar y acercarme a la evangelización de los centenares de jóvenes y adultos, que, como yo, han de hacer frente a la vida con una grave minusvalía física y la mayor parte de las veces con una fuerte e injusta marginación social y hasta eclesial.

## **Mi experiencia religiosa en los primeros años de limitación física**

Cuando una persona sufre un traumatismo de las características del que me ocurrió a mí, pasa en un instante de sentirse una persona joven, llena de vitalidad, ilusiones y proyectos, a ver truncada su vida. Encontrarse un día atada a una silla de ruedas, para siempre, es una experiencia terrible, tanto que no soy capaz ni de expresarlo siquiera. El desconcierto y la confusión son enormes, los problemas se acumulan..., no es fácil, nada fácil, encontrarles la solución adecuada y suficiente.

En esta situación la experiencia religiosa me llegaba a través de actitudes paternalistas, de falsas expectativas de sanación... Yo me aferraba a ello: ¡cómo abandonarse a una vida sin sentido, pasiva y solitaria!

Numerosas peregrinaciones a Lourdes, misticismos absurdos —casi blasfemos— que me conducían a cobijarme en mi limitación, haciendo de ello una especie de sacrificio particular por la salvación del mundo. Llegué a creerme lo que el ambiente religioso de la época me había marcado y machacado: yo podía ser una «elegida» de Dios para que mi dolor, mi sacrificio, unidos a los de Cristo, hicieran contrapeso al pecado de los hombres; creía que ninguna otra cosa podía hacer. Más tarde comprendí que todo esto ni tenía sentido ni era evangélico.

## **Me encontré con minusválidos creyentes**

Afortunadamente apareció en mi vida la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos.

En uno de tantos viajes que realicé a Lourdes conocí a un grupo de enfermos y minusválidos que, acompañados de personas sanas, se acercaron a mí con ganas de ser amigos de verdad.

Me contaron que estaban iniciando en España un Movimiento que, partiendo de la propia enfermedad y limitación, hacía de

nosotros, los afectados, los protagonistas de nuestra vida, los protagonistas también de la propia vida de fe vivida en grupo y en la amistad.

Al principio aquello no tenía una forma clara; iría creciendo con el tiempo. El hecho de salir de casa, reunirnos, celebrar la Eucaristía, hacer alguna excursión o merienda y el visitarnos unos a otros, compartiendo nuestros problemas e inquietudes, iba creando clima. Los enfermos y minusválidos ya no estábamos metidos siempre en nuestro pequeño entorno familiar; salíamos alguna vez a la calle. No sólo estábamos en el mundo para rezar y ofrecer los sufrimientos por la salvación de los pecadores, también podíamos ser activos, organizarnos y sobre todo repartir amistad.

Más tarde llegó la inquietud por la formación. No era suficiente con pasarlo bien, visitar a otros enfermos, animarles...: había que dar consistencia a aquello que empezaba a ser una respuesta para nosotros los minusválidos. Estos primeros momentos de mi incorporación a la vida activa en la Fraternidad fueron difíciles: enfrentarme a mis propios complejos y limitaciones, barreras arquitectónicas en cualquier parte, la superprotección familiar. (¿Cómo convencerles de que tenía que pasar un fin de semana fuera de casa? ¿Cómo podría yo integrarme en todo esto desde mi camilla?) No sé muy bien cómo lo hicimos, pero allí estaba yo y otros muchos saliendo del aislamiento, la pasividad y la resignación.

Pronto llegué a comprender que tenía que formarme humana y cristianamente. Sentí la necesidad de luchar por reivindicar, junto con mis compañeros, nuestros derechos. Estaba bien que las personas sanas, incluidos los sacerdotes y religiosas, nos echaran una mano, pero no permanecer inactivos, obedientes y sumisos sin asumir nuestra responsabilidad. ¡Cuán hermoso fue descubrir que en Fraternidad nosotros, los propios enfermos y minusválidos, debíamos y podíamos ser los auténticos protagonistas de la acción!

Lo que en un principio fueron solamente encuentros de amistad, de fiesta y de oración, se iban convirtiendo también en encuentros de formación, de estudio, de distribución de trabajo, compromisos, responsabilidades y luchas reivindicativas.

Desde entonces la minusvalía, sin dejar de ser un handicap enorme que me acompañaría siempre, empezó a estar asumida y superada en gran medida. Se había hecho vida en mí un conocido principio que repetimos muy a menudo: «Nuestras capacidades superan siempre nuestras limitaciones».

Con esta visión nueva de mi vida me puse a trabajar de lleno en el Movimiento porque lo necesitaba, porque me ayudaba a vivir con esperanza y porque los demás enfermos y minusválidos me lo pedían.

## **Evangelizar hoy desde la limitación física**

Evangelizar es para mí asumir con dignidad mi propia limitación sin renunciar a aquello que puedo hacer, comprometiéndome en las muy diversas tareas que surgen de la vida diaria de nuestro Movimiento en particular y en la problemática general del colectivo.

### *1) Desde una responsabilidad de Equipo Nacional*

Después de un largo tiempo de formación y contacto con las realidades del Movimiento, llegué a formar parte del equipo coordinador de la Fraternidad, justo cuando éste se definía ya definitivamente como Movimiento de Apostolado Seglar.

Era el momento de la transición política en España. Ello comportaba un pluralismo necesario, sin duda. Surgieron otros grupos de minusválidos que se distanciaban de la Fraternidad, unos porque no compartían la dimensión cristiana de su acción, otros porque deseaban una asociación política, reivindicativa, social, deportiva... Lo cierto es que esta clarificación ayudó mucho a

todos, y hoy la Fraternidad está federada y coordinada con todo tipo de asociaciones de minusválidos que defienden los derechos y la dignidad de nuestro colectivo. Al mismo tiempo conserva y vive su identidad y su misión evangelizadora en la sociedad y en la Iglesia.

Ocho años he compartido con mis compañeros de equipo la responsabilidad nacional de la Fraternidad. Trabajo, viajes, preocupaciones, desgaste físico, incluso desánimos y problemas..., pero todo valió la pena. Yo aporté, como otros muchos, mi pequeño grano de arena y hoy la Fraternidad cuenta con un proyecto de formación sistemática para formar la conciencia cristiana de sus militantes. Un proyecto que desde la revisión de vida nos hace a los fraternos hombres y mujeres que saben mirar y ver la realidad, observarla y juzgarla a la luz de la fe y, lo que es más importante, actuar sobre ella con coherencia cristiana.

## *2) Desde la base, con la realidad más sencilla del Movimiento*

En este momento no tengo ninguna responsabilidad de tipo estructural. Mi trabajo ha vuelto a estar en la base.

Estoy iniciando a un equipo con personas muy limitadas, entre ellas parálíticos cerebrales adultos con graves dificultades físicas para la comunicación, gente joven, nueva, con ganas de vivir. Confío en que llegaremos a hacer de ellos militantes fraternos que desde su propia limitación darán testimonio de la fe incorporándose a la vida activa del Movimiento.

## *3) Colaborando en acciones concretas*

Formo parte de la comisión local que gestiona el transporte adaptado para minusválidos en mi ciudad. Allí, junto a otros minusválidos de diversas asociaciones federadas, hacemos frente a la compleja problemática del transporte para minusválidos.

Formo parte de una Comisión General de Formación que prepara y actualiza los materiales del Plan Básico para la formación de los militantes de la Fraternidad.

Con el paso del tiempo mi limitación física se acentúa..., pero seguirá activa mientras pueda hacer algo, por pequeño que sea.

## **Para concluir... quiero decir**

*A toda la sociedad:* poned los ojos, la ilusión y la vida en los auténticos valores: el hombre, por encima de sus limitaciones, es persona, merece ser tratado como tal.

En nuestra forma de vida actual cada vez se rinde más culto al cuerpo, al poder, se valora la efectividad y la rapidez; en ella los minusválidos y otros grupos marginados corremos el riesgo, cada vez más, de quedarnos en la cuneta, aun a pesar de que algunas mejoras sociales se van consiguiendo, no sin esfuerzo y a base de reivindicar una y otra vez los derechos que como personas tenemos.

Sed más creativos y valientes para la solidaridad y la justicia.

Toda persona, por limitada que ella sea, es capaz de acción y de amor.

Toda persona, por limitada que ella sea, es capaz de pasar de la asistencia a la responsabilidad y al servicio. Esa es su auténtica sanación cuando la enfermedad o minusvalía son clínica y físicamente patentes. Dejemos que Dios siga siendo Dios y asumamos nosotros nuestras limitaciones con dignidad.

De la sociedad esperamos comprensión y solidaridad, no compasión ni paternalismo, que son totalmente ineficaces.

Quiero decir *a los cristianos* (sacerdotes, religiosos y seculares): La Frater invita a todos sus miembros, al igual que hizo Jesús, a llevar un mensaje de liberación al mundo del enfermo y minusválidos diciéndole: «Levántate y anda».

No un «Levántate y anda» al estilo alienante de esas celebraciones litúrgicas de curaciones, tan proliferantes hoy en día, donde se pueden crear expectativas falsas y deplorables montajes espectaculares de algo tan serio como es la enfermedad o minusvalía.

El «Levántate y anda» que entendemos en Fraternidad es ese reconocimiento de la dignidad de la persona, ese sumergirse en el mundo y en la historia, ese sentirse corresponsable con todos los hombres en la construcción del reino de Dios, al margen de la situación física.

Veo con cierto escándalo y me parecen peligrosas y alienantes todo ese tipo de celebraciones litúrgicas de sanación, ritualistas y culturales. En ellas se utiliza a «los pobres enfermitos» denigrando la enfermedad y la minusvalía, volviendo al dolorismo y a la milagrería que no sólo se alejan del Evangelio a todas luces, sino que forman parte de un pasado ya superado (¡gracias a Dios!) por cientos de minusválidos y enfermos que comprendimos un día que la enfermedad, el dolor y el sufrimiento son un mal, como tantos otros, a los que el hombre ha de hacer frente con todas sus fuerzas y con dignidad. Pero no son en absoluto ni una «gracia de Dios» ni una «maldición».

La sanación auténtica, la que está a nuestro alcance sin chantajes a Dios, sin ponerle a prueba ni obligarle a intervenir en contra de todas las coordenadas históricas y naturales, es la que nosotros, asumiendo las limitaciones, superamos y vencemos con la vida y la esperanza, con el compromiso por hacer de este mundo un lugar más solidario y humano, donde se comparten el bien y el mal que a unos u a otros nos pueda afectar.

Desde mi experiencia de casi treinta años en una camilla y como militante de un Movimiento eclesial de enfermos y para enfermos, sin ninguna pretensión de estar en la verdad, quisiera decir que las ceremonias de curaciones fáciles y espectaculares, las predicaciones de resignación pasiva como sacrificio redentor, son un atropello y un freno a la labor evangelizadora que con un compromiso serio, y no falto de esfuerzo, está llevando un movimiento de Iglesia compuesto por enfermos y minusválidos, que desde

la opción por Jesús y los hombres sus hermanos se sienten ya sanados.

Toda persona, por limitada que ella sea, es capaz de acción y de amor.

Toda persona, por limitada que ella sea, es capaz de pasar de la asistencia a la responsabilidad y al servicio. Esa es su auténtica sanación, cuando la enfermedad o la minusvalía son clínica y físicamente patentes. Dejemos que Dios siga siendo Dios y asumamos nosotros nuestras limitaciones con dignidad.

Si bien es cierto que nosotros, los enfermos o minusválidos gravemente afectados, somos testimonio de la Pasión de Cristo, cuando somos capaces de superarnos, de aceptar con paz nuestras dificultades, de vivir con alegría profunda, preocupados por los demás olvidándonos de nosotros mismos; si somos capaces de llegar a otros enfermos y minusválidos para animarles a salir de sí mismos, a liberarse de sus complejos, a valorarse como personas; si somos capaces de sentirnos responsables del mundo y de la Iglesia, de unir nuestra acción a la de todos los hombres que trabajan por construir un mundo mejor, en estos momentos creo que queremos y podemos ser *testigos y partícipes de la resurrección de Cristo*. Nos hemos puesto en pie, hemos cogido la camilla y hemos echado a andar, sin complejos, con fuerza... y sin privilegios. «La enfermedad y la minusvalía son excusa para liberarnos de la responsabilidad de construir un mundo mejor. No seremos juzgados por nuestra enfermedad o minusvalía, sino sobre todo por nuestra misión y acción».

Jesús no ha venido a pedir a los hombres que hagan llegar sus sufrimientos hasta el cielo. El Padre lo mandó para compartir el sufrimiento y la muerte de los hombres, para combatirlos hasta la resurrección, sin rituales, sin ceremonias... con amor, con un amor sin límites.

Este es el mensaje que la Fraternidad, en la Iglesia, quiere transmitir a todos los hombres. Y eso he tratado de hacer yo aquí, transmitiendo mi experiencia, comunicando mi fe.